



MUSICA

# Las brumas trajeron Jazz

Ramón Gallego Gil

S upongo que la diferencia entre el lenguaje hablado y la música estuvo en las distintas necesidades que el hombre tuvo para comunicarse. El primero tendría la finalidad de facilitar la comunicación en los encuentros personales, y la otra cuando nos queremos comunicar con más de uno. Especialmente en momentos festivos o solemnes. Ciudad Real también necesita comunicarse con la música. Y el jazz se ha abierto hueco felizmente.

Como todo alumbramiento, el pasado Festival Internacional de Ciudad Real "REALJAZZ" tuvo un periodo de gestación. Ya venía de largo. No hay más que echar un vistazo a las paredes del Café Concierto "El Continental" para ver cómo, desde hace años, vienen hasta Ciudad Real grandes músicos de Jazz. Hace unas semanas llegó hasta aquí, el antiguo Pozuelo Seco de Don Gil, un pianista excepcional, Brian Trainor, que venía desde Valencia, donde dio un concierto la noche antes. Desde el piano salieron hermosísimos y emotivos pasajes de un hombre maduro que conserva la pasión de un adolescente. Cosa rara por cierto, tan acostumbrados como estamos a ver más de una rendición. Pulsaba, que no tocaba, a veces, las teclas del piano con la suavidad y dulzura como se acaricia a quien se quiere. Sin embargo sacaba todo el carácter necesario para responder a los silencios y soledades que debía sentir. En el descanso de la mitad del concierto, se dio una vuelta con uno

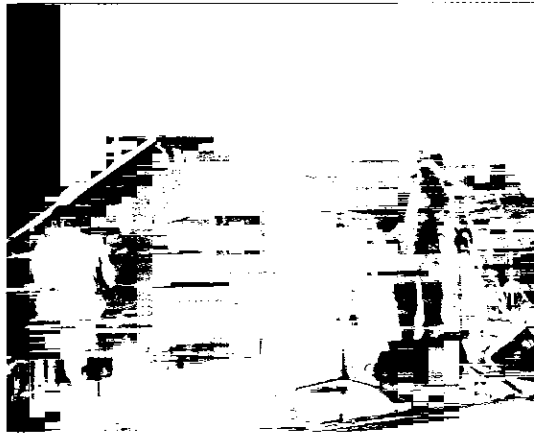


de sus compañeros, comentando los conocidos a los que veía en las fotos de las paredes, de conciertos de años ya pasados. Después, con su variadísimo registros nos introdujo en el mundo especial del jazz donde todo lo que puede sentir el ser humano sale de dentro con la magia de los instrumentos —nunca la palabra instrumento tiene más sentido que aquí— y los sentimientos afloran. Cuando un pianista como Trainor, o Jackie Terrasson, con el que empezó el pasado festival, rompen el silencio con las suaves secuencias que aventuran un mensaje íntimo, donde el teclado se troca en arroyo de montaña que describe

el natural fluir de la naturaleza, y luego son capaces de elevar la tensión con apasionadas frases que desbocan una estampida de pasiones, el recuerdo de esos momentos resuena por los rincones más ocultos de nuestro interior donde los guardamos con calor. Si recordamos las piezas con las que Terrasson nos dio una noche inolvidable, destacaría su espléndida ejecución académica que nos traía los aires de canciones populares francesas, como aquella de "Plaisir d'amour", que ya cantó Edith Piaf, y él la introdujo en un hermoso envoltorio con los recursos propios del buen jazz. Los dos, uno antes y otro después, no sé si nos trajeron París y Nueva York a Ciudad Real o, por el contrario, fuimos nosotros los transportados allí. El piano, con el sonido especial que da el golpeo de la madera sobre el metal, introduce en nuestro sentimiento con facilidad las más hermosas fra-

## RESUMEN:

La sección de Música de *Añil* se abre hoy a otros ritmos: el jazz y su presencia en Ciudad Real, gracias a un festival que tuvo lugar el pasado invierno, organizado por la Universidad y la Fundación de Cultura y Deporte de CLM, junto con un bar de esta ciudad. Ramón Gallegos nos habla de algunos de los mejores intérpretes que pasaron esos días por la capital manchega: Brian Trainor, J. Terrasson, J. Edelman, Regina Carter o Al di Meola; un auténtico gusto para los aficionados a esta peculiar música.



ses que, como la mejor poesía, nos lleva hasta la evocación de los recuerdos que nos llevan a la tristeza o la alegría, del amor al olvido, del esfuerzo a la recompensa, o del fracaso o al triunfo si la frase final no es festiva o si lo es. El virtuosismo, la excelente técnica musical no lo es todo si no hay sentimiento. Las personas sensibles lo notan, y los que no lo son simplemente dicen: me gusta; aunque no sepan por qué. Ahora que casi todo pasa por el tamiz de la industria del cine, se podrá reparar en cómo la mayoría de las grandes producciones tienen unas bandas sonoras que son gran parte de la creación artística de la obra. En muchas de ellas, los fondos son cubiertos con excepcionales composiciones de jazz, aunque sea de manera casi anónima. Recuérdese el tema de amor, en saxo, de *Blade Runner*. Todo un espiritual proyectado hasta el infinito. Con el piano, cualquier excusa es buena para llenar nuestras vidas, aunque sea un momento de buena música. Recuerdo uno de los conciertos de las jornadas del Festival, en el Continental, Joshua Edelman con su quinteto, en noche de jazz afro cubano, con un Manuel Machado tocando el ciscornio con pasión, y el panameño Roberto Timaná, al que no había manera de sujetarle del entusiasmo que ponía. Entre tanto son, Joshua Edelman sacó con delicadeza unos momentos de esparcimiento con el piano, donde se alivió de viejas nostalgias de su Nueva York natal, y por momentos, sólo él nos condujo entre la brisa del estuario de Long Island.

La improvisación que es quizá el punto definitorio más común del buen jazz, es lo que hace más actual, más humano esta forma de entender la música. En nuestros días es la improvisación la que nos hace salir de los constantes problemas que se nos presentan, tan poco dados a esperar. El vertiginoso ritmo de la vida, induce a improvisar, con la experiencia que ya tenemos. El resultado es tanto mejor cuanto más seguridad tengamos en lo que hacemos. Algo así pasa con los intérpretes de jazz. Vimos a Al Di Meola, un extraordinario virtuoso de la guitarra, sacar partido de las composiciones del argentino Astor Piazzolla, con elementos de fusión y estructura de música ambiental, con vientos multiculturales en los que las zambas, y chacareras, de la música argentina, se introducían con acierto por una sección rítmica en la que Enri Adams, batería, Gumbi Ortiz, bongos, timbales etc marcaron con energía una memorable noche en la que la maestría de Di Meola estuvo bien acompañada.

Noche de jazz poco usual, como lo fue la última, con Regina Carter. Esta chica, virtuosa del violín, nacida en la ciudad que fundara el francés Antoine de Cadillac, Detroit, no sólo traía las brumas que habría recogido de los lagos Hurón, o Erie,

que rodean su ciudad, o del propio río Detroit, sino que con los recursos de Coltrane, o el gran Charlie Parker, nos dio un paseo por todos los garitos de América, y un espléndido concierto, como si fuese con saxo; para ella la diferencia no es más que una mera cuestión de timbre. De las mismas brumas, de Detroit, pero sacando toda la fuerza de su vocación puramente neoyorquina, Kenny Garret trajo al el Festival un torrente de melodías que nos dejó pegados a los asientos y redujo el tiempo a nada. Se pasó como un sorbo. El saxo, que tan cercano está a la voz humana, fue por momentos, tierno, desgarrador, irónico, iracundo, y siempre apasionado. Unas señoras que estaban delante de mí, creo que estaban pasmadas de tanta sinceridad. Esto siempre da corte. Sobre todo si no se tiene costumbre.

Sinceridad, que siempre la traen debajo del brazo los músicos de jazz. De ahí su libertad de ejecución con la que se esparcen como nadie. Con lo que dan una bocanada de aire fresco a los que tenemos el privilegio de escucharles. Como cuando vinieron Jesús Santandreu, al saxo; Richi Ferrer, al bajo; Vicente Espí, a la batería, y Mariano Díaz al piano. Querían disfrutar y eligieron piezas de John Coltrane. Uno de los mejores innovadores del jazz, extraordinario saxofonista y de una gran sensibilidad. Ciudad Real se llenó de las melodías de Coltrane. Los que tuvimos el privilegio de oírlos todavía lo recordamos. El jazz que trae hasta nuestra ciudad las brumas que transportan los mejores sentimientos que se expresan en el mundo con la música, a través del jazz, ha dejado la ventana abierta para más. ■